

# ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS PROBLEMAS METODOLÓGICOS DE LA INVESTIGACIÓN EN PSICOANÁLISIS

*Carlos J. Escars\**

## **Resumen**

Este texto plantea abordar algunos de los problemas metodológicos con que se enfrenta el psicoanálisis, partiendo de la dificultad de encuadramiento en los tipos de diseño tradicionales. Se cotejan los diversos pasos de una investigación cualitativa con las particularidades propias del psicoanálisis. Así, se aborda el objeto y el campo de investigación, las modalidades de recolección y sistematización de datos, las formas de teorización, de argumentación y de comunicación que convienen del psicoanálisis. Finalmente, se aborda el problema de la validez de la investigación en psicoanálisis en relación a los criterios de verdad.

**Palabras clave:** clínica, argumentación, narración, verdad.

## **Abstract**

This text proposes to address some of the methodological problems facing psychoanalysis, based on the difficulty of framing in traditional design types. The various steps of a qualitative research

---

\* Psicoanalista y doctor en Psicología (UNLP). Profesor de Teoría Psicoanalítica, Facultad de Psicología (UNLP). Director de proyectos de investigación acreditados (UNLP). E-mail: cescars@gmail.com

with the peculiarities of psychoanalysis are compared. Thus, we consider the object and field of research, methods of data collection and systematization of the forms of theorizing, of argument and way of communication that psychoanalysis agreed. Finally, problem of the validity of research in psychoanalysis and the criteria of truth is considerate.

**Keywords:** clinic, argumentation, narrative, true.

No resulta sencillo encuadrar los procedimientos de investigación en psicoanálisis en alguno de los tipos de diseño canónicos. Mucho se ha escrito acerca de las desventajas de aplicar una metodología cuantitativa. La dificultad de contabilizar “casos”, de generalizar, de homogeneizar los fenómenos a estudiar de la clínica sostenida en el psicoanálisis, tornan prácticamente estériles los procedimientos estadísticos y de medición. Pero no es tan clara la pertinencia de los así llamados “métodos cualitativos de investigación” para el psicoanálisis. Este tipo de metodología, apta sin duda para estudios sociológicos, y de otras ciencias sociales, fue percibida por muchos investigadores en psicología como una alternativa válida frente a los limitados resultados de los procedimientos cuantitativos que tradicionalmente empleara la psicología experimental. ¿Pero puede el psicoanálisis servirse de ella?, ¿con qué particularidades?

## **Objeto y campo**

Partamos de la pregunta básica. ¿Sobre qué investiga el psicoanálisis? No hay una respuesta unívoca a esto. Por ejemplo, cierta tradición toma como objeto de investigación a la “historia del psicoanálisis”. Esta línea de investigación, muy activa (cf. Vezzetti, 2011) tiene su propia complejidad, en la medida en que en ese sintagma se combinan, y parcialmente se superponen, una historia de los conceptos, una del descubrimiento, una de la disciplina, una del “movimiento”, una de las vicisitudes políticas de sus instituciones, y una de la terapéutica. Se trata por otra parte un área que no es de incumbencia exclusiva de psicoanalistas –Vezzetti señala

que es saludable que no lo sea (cf. Vezzetti, 2000)– en la medida en que incluye aspectos que rozan la biografía, los determinantes de épocas, de países, culturas, posiciones e intereses de política científica, de ideologías, etcétera. Otra línea de investigación que se reivindica psicoanalítica se aboca al estudio de entidades o categorías psicopatológicas, ya sea tomadas como cuadros, como síndromes o como estructuras. Pero esta vertiente, que se diferencia –no siempre con éxito– de las investigaciones basadas en la lógica clasificatoria propia de la psiquiatría, y de las médicas en torno a enfermedades, no es sino una línea colateral del punto específico que nos interesa destacar aquí: la investigación en psicoanálisis, concebido como la formalización de una experiencia, el *saber sobre una clínica* (el psicoanálisis es un método de investigación y un método de tratamiento al mismo tiempo, dice Freud). La clínica que esa teoría delimita, se sabe, mantiene una relación muy particular con el saber que le concierne. Efectivamente, el psicoanálisis estudia las manifestaciones en las que se expresa algo que Freud denominó “inconsciente”. Es, en sentido amplio, el discurso sobre el inconsciente. Y la más ajustada definición que Freud da del inconsciente es aquella que dice que se trata de un saber no sabido, un saber que no se sabe (cf. Freud, 1915-17: 92), un saber que el sujeto no sabe que sabe. Y que –no es ocioso agregar– el analista en tanto practicante es tan ignorante al respecto como el sujeto. Es decir, el psicoanálisis está llamado a constituir un saber de lo que se escapa al saber, de lo que no es previsible. Su objeto de investigación no son casos, historias, personas o patologías, sino las *formas de manifestación de lo no sabido* en un dispositivo de tratamiento preciso.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> En ese sentido sí es recomendable, y deseable, que el investigador sea psicoanalista, es decir, alguien involucrado en aquella clínica. En psicoanálisis el investigador no es un observador externo, no es aséptico. Aunque se supone que no esté involucrado “personalmente” en lo que investiga, lo hace desde una perspectiva. Perspectiva de lectura, perspectiva teórica, pero sobre todo perspectiva transferencial. La investigación clínica no puede llevarse a cabo si no es bajo la forma en que la clínica analítica se manifiesta: bajo transferencia. No obstante, analista e investigador no se superponen. Tanto Freud como Lacan postulan como necesario un desdoblamiento de quien analiza y quien conceptualiza ese análisis (cf. Escars, 2011: 158/9). Y, aunque no es imprescindible investigar sobre casos propios, no se puede teorizar “desde afuera”, sin haber

## Recolección de datos y Método Freudiano

Si tomamos entonces a la clínica psicoanalítica como el ámbito de investigación, deberíamos decir que la recolección de datos se da más bien bajo el modo de un “tropiezo”. La experiencia, el dato que recogemos en psicoanálisis (un lapsus, un sueño, una manifestación transferencial) aparece siempre bajo la forma de una sorpresa, de algo incomprensible, de lo que no se acomoda a las expectativas. El analista/investigador, en su práctica, no va al encuentro del fenómeno: podríamos decir que *encuentra antes de buscar*. Es más: una regla técnica freudiana prescribe que para encontrar algo hay que “no-buscarlo”. Es lo que Freud llamaba “atención flotante”. No intenten encontrar nada en particular, aconsejaba a sus discípulos (Freud, 1912: 112). El analista, efectivamente, no busca, ya que si lo hace corre el riesgo de no encontrar, religiosamente, más que lo que ya sabe. La dimensión de la sorpresa es la marca (el *made in Germany*, diría Freud) del surgimiento de lo inconsciente. No hay inconsciente sino sorpresivo, inesperado, singular.

Lacan formaliza esto caracterizando al sujeto del inconsciente como evanescente. Como resultado de que alguien habla, como resultado de la enunciación, de la articulación de significantes, dice, el sujeto aparece en *fading*, es decir, desapareciendo allí donde se manifiesta<sup>2</sup>, y en vano se lo encuentra al tratar de ubicarlo de antemano. La estructura del chiste nos permite acercarnos a esa noción: nada más difícil de asir, un instante después de producido, que un chiste, que solo es captado *en fading*, en desaparición en el mismo momento de su aparición, o “iluminación” (Freud, 1905: 13). “Buscar” el efecto de un chiste antes de que se produzca es garantía de decepción.

---

hecho la experiencia de lo inconsciente. Por otra parte, la tarea de investigación no es ajena, ni opcional, a la posición del analista. No se puede ser analista sin teorizar de alguna manera sobre lo que pasa en el análisis, es decir, sin tratar de entender lo “no sabido”. Al analista le urge entender. La investigación en psicoanálisis, en ese sentido, no es una actividad opcional, suntuaria, sino necesaria al psicoanálisis mismo.

<sup>2</sup> “este perpetuo movimiento de ocultamiento detrás del significante, o de emergencia intervalar, que define como tal al sujeto en su fundamento, en su estatuto, es lo que constituye el ser del sujeto” (Lacan, 1965/66: clase del 27/4/66).

En un texto muy temprano Lacan se refiere de otro modo a estas particularidades de la experiencia analítica cuando resume los pasos del método freudiano como marcados por la “negatividad”: *no elección* de aquello con lo que el analista se topa en su experiencia; *no omisión*, es decir, no dar nada por obvio, por sabido de antemano, nada que “vaya de suyo”; y *no sistematización*, es decir no postular un sentido sistemático a lo que se experimenta, sino, por el contrario, sostener el sinsentido, lo no integrable. Todo esto, dice Lacan, aparece en una sola ley que Freud formuló como *ley de asociación libre* (cf. Lacan, 1936: 81-82, y el análisis de la noción de “experiencia analítica” en Carbajal, 1989).

Ahora bien, estos pasos, que aparentemente atentan contra una recolección sistemática de datos, constituyen sin embargo la materia con la que debemos manejarnos.

¿Qué puede investigarse, buscarse, en ese marco? En 1964, Lacan desafiaba el prestigio oficial de la *recherche* académica declarando que él no se sentía en absoluto investigador, y haciendo suyas las palabras de Picasso: “yo no busco, encuentro” (Lacan, 1964: 16). Lejos en ese punto de la soberbia narcisista del pintor, Lacan apuntaba a poner en cuestión, a partir de esa frase, a la búsqueda misma. De modo polémico, dejaba entrever los lazos que el “buscar” tiene con el ámbito religioso (“no me buscarías si no me hubieses encontrado ya”, cita sin nombrarlo a Pascal), y afirma que, por el contrario, el peso para él, psicoanalista, está puesto del lado del “encuentro”.

Entonces, ¿qué lugar tiene la búsqueda en psicoanálisis? Precisamente, en la medida en que lo hallado es escurridizo, evanescente, nunca positivamente presente, sino siempre “habiendo sido”, el buscar en psicoanálisis parte de esta falla. Se trata de buscar porque algo se escapa en el hallazgo (cf. Cancina, 2008). Algo parecido a explicar el chiste, a posteriori, una vez que ya pasó, intentando reconstruir la lógica de su efecto. De modo que la secuencia sería: aparición fortuita de datos incomprensibles (el “desconcierto” al que Freud hace referencia en el chiste), encuentro inesperado (“iluminación”), y a continuación un trabajo para cernir alguna construcción teórica que dé cuenta de lo que apareció.

Todo el problema de la investigación en psicoanálisis pasa por aquí: la teorización, la argumentación, no conduce al hallazgo de algo nuevo, salvo de modo sorpresivo. No se trata de lo que conduce a producir conocimiento acumulable, sino de lo que procura, urgentemente, que algo de lo hallado en la clínica no escape del todo. Teorizar es intentar cernir lo que sin embargo no se logra que permanezca en el cernidor. Escribir sobre la clínica es dar cuenta de los indicios singulares que aparecen en la experiencia, a fin de poder encararla mejor.

## **Formas de sistematización de datos**

### ***a. El Historial clínico***

Si el campo es entonces esa particular clínica, y los datos son las manifestaciones –no manifiestas del todo– de lo inconsciente (formaciones del inconsciente, síntomas, sueños, lapsus, en el marco de la transferencia), y la recolección de esos datos no es sistemática sino imprevisible (sin elección, sin omisión y sin sistematización), ¿cuál es la forma en que esos datos pueden analizarse y sistematizarse para ser comunicados?, ¿qué forma de comunicación conviene al psicoanálisis?

Si partimos de una de las soluciones históricas que dio Freud a este problema, debemos referirnos inevitablemente a los historiales clínicos. Los textos que el creador del psicoanálisis bautizó de este modo tienen un papel privilegiado, ya que intentan precisamente la transmisión de la experiencia en singular, en el caso por caso, sin someterse a priori a la exigencia de generalización o de universalización que la transmisión de un determinado saber requiere, aunque apuntando al mismo tiempo a conceptualizar formalmente, a posteriori, esa experiencia.

Desde el punto de vista de las metodologías cualitativas de investigación, surge naturalmente la comparación con la “historia de vida”, herramienta clave que tiene por objeto recoger información sobre “los modos y maneras con los que un individuo particular

construye y da sentido a su vida en un momento dado” (Ruiz Olábuenaga, 2003: 277).

En principio las diferencias son notables, ya que el historial clínico es la reconstrucción *de un tratamiento analítico*, no el relato de una vida. Esa reconstrucción, por otra parte, apunta a formalizar el caso de que se trata, a intentar extraer consecuencias teóricas de él. Pero en verdad, algunas de las dificultades de la “redacción final” de las historias de vida no son ajenas a las del analista que escribe un historial: se trata inevitablemente de una construcción, con todos los problemas que ello implica, y no de un mero “reflejo de lo acontecido”.

Los grandes historiales freudianos tienen en verdad una estructura muy compleja (cf. Escars, 2003, y Escars, 2002, especialmente el capítulo 3). En términos de diseños de investigación, el historial superpone el tiempo del análisis de los datos, y el de la producción del informe final. Podemos pensar en él, en verdad, como la combinación de tres tiempos narrativos: el orden histórico de los acontecimientos, es decir lo que Freud llamaba la “historia de la enfermedad” (*Krankengeschichte*) del sujeto; el orden en que los recuerdos de esos acontecimientos aparecen en el análisis —la historia del tratamiento (*Behandlungsgeschichte*) o historial terapéutico (*Heilungsgeschichte*)—; y finalmente el orden de su exposición escrita, esto es, el informe propiamente dicho. El historial clínico intenta narrar y explicar al mismo tiempo. Dar cuenta de un caso, único, y al mismo tiempo construir una teoría que lo contenga como uno de sus “casos”.

### ***b. Explicación y narración***

Ahora bien, ¿la narración explica? Ya hace más de cuarenta años, Michael Sherwood, un psiquiatra norteamericano con formación en “filosofía del lenguaje ordinario” en Oxford, postulaba esto en un libro que tuvo cierta circulación en su medio (Sherwood, 1969). Este autor intentaba determinar qué era lo específico de una “explicación psicoanalítica” (*psychoanalytical explanation*). Las explicaciones

que puede brindar el psicoanálisis, planteaba, a diferencia de las simples y descarnadas proposiciones de las ciencias duras, tributarias del método hipotético-deductivo, se basan, según él, en una narrativa: “el psicoanálisis suministra un contexto, una narrativa acerca de un paciente individual, dentro de la cual las piezas aisladas de su comportamiento llegan a ser comprendidas, puestas en conjunto, y organizadas en un todo comprensivo” (Sherwood, 1969: 190, traducción nuestra). Esta narrativa permitiría así abarcar la complejidad de lo que está en juego en un psicoanálisis, y podría ser validada, anhela el autor, según estándares científicos, tanto en su adecuación como en su precisión, a igual título que las proposiciones de las otras ciencias. La narrativa, para Sherwood, formaría parte de una metodología cualitativa que no solo sería válida para el psicoanálisis.

Mediante una narración, se diría, se intenta reconstruir un todo, brindar una coherencia, sistematizar lo que aparece en la experiencia como asistemático.

### *c. Narración y ficción*

¿Pero la narración es una actividad científica o literaria? Peter Brooks, en un estudio sobre teoría narrativa (Brooks, 1992), afirmaba que, pese a que los historiales clínicos son textos “referenciales”, es decir, que tratan de acontecimientos que han sucedido, pueden igualmente ser pensados como textos de ficción, ya que allí Freud utiliza la narrativa para encontrar ciertos “patrones de conducta” y su correspondiente etiología. El historial clínico, según Brooks, comparte la forma narrativa derivada de la novela moderna—en tanto ésta está centrada en una personalidad individual— pero aplicada a las ciencias médicas y sociales, ya que relata una historia individual con cierto “propósito didáctico”, es decir, una historia que de algún modo resulta ejemplar.

Ahora bien, esta manera de entender los historiales clínicos sugiere una determinada “concepción del hombre”, a la que Brooks adhiere. El ser humano sería, según esto, una estructura de las



ficciones que él cuenta sobre sí mismo (Brooks, 1992: 277). El hombre como una ficción que él mismo se cuenta, como la narración de la propia vida. Esto estaría ligado a lo que, según Brooks, el psicoanálisis pretendería de un paciente, es decir, a cierto “criterio de salud” que podría formularse así: la salud psíquica corresponde a una narración coherente de la propia vida. “La vida humana es, idealmente, un relato conectado y coherente, con todos sus detalles en posición aclaratoria, con todos los elementos en su propia secuencia causal. Inversamente, la enfermedad [sería] padecer de un relato incoherente o una narración inadecuada de uno mismo” (*Ibid.*: 282, citado de un trabajo de Steven Marcus). Esta concepción, compartida por analistas como Donald Spence, para quien el progreso de un análisis implica interconectar piezas de modo que el paciente pueda “ver gradualmente a su vida como continua, coherente y, en consecuencia, significativa” (Spence, 1982: 280), aparece de modo nítido en James Hillman (1975), un terapeuta junguiano. Partiendo de la distinción entre el relato (*story*) y la trama o argumento (*plot*), Hillman afirma que el historial clínico es un relato –ya que historiza una determinada experiencia– que conlleva una determinada trama: las teorías en las que se basa aquel que lo escribe. Ahora bien, la concepción del historial clínico de este autor está íntimamente ligada también a su concepción del proceso terapéutico, definido en términos de una historización. Se trataría de incluir la experiencia en una historia. El síntoma aparece como algo que no puede ser procesado, digerido, que no puede ser integrado al alma, incluido en la historia. La tarea que el analista junguiano se propone frente a esto es aportar una trama mejor. El analista, según la concepción de Hillman, aportaría un argumento, una trama más inteligente, más imaginativa que la que el sujeto tiene, y es esta trama la que cura por sí misma. La conclusión de Hillman es que tanto la terapia como el historial clínico son una creación poética –*Poesis as therapy* (1975: 167)–, una nueva trama, aportada desde afuera –desde el analista o desde la teoría– que dirige y digiere a la experiencia. Se trata nuevamente, entonces, de producir un relato coherente, un sentido pleno, que suture lo que no encaja.

Subrayemos lo evidente: la concepción que alguien tiene acerca de cómo investigar, de cómo producir saber en psicoanálisis se correlaciona directamente con la idea de en qué consiste el procedimiento analítico mismo, y cuáles son sus metas.

En ese sentido, no concordamos con la posición (tanto teórica como clínica) de estos autores. La narración completa, la búsqueda de un sentido, no es la meta del psicoanálisis, ni como praxis ni como teoría. No se trata de explicar todo. La narración completa y sin fisuras de un sueño, por ejemplo, no lleva en absoluto a su mejor interpretación, sino que constituye una “elaboración secundaria” que solo conduce a disfrazar aún más el sueño, a perder lo que de manifestación de lo inconsciente tiene. Con la narración de un caso puede pasar algo parecido.

Michel De Certeau, psicoanalista e historiador, que también propone pensar al historial clínico como una “novela”, plantea una concepción diferente de la ficción: se trata, dice, del “no-lugar” donde las operaciones reales acceden a una formalización, es decir, la ficción es lo que vuelve posible un determinado campo. “La literatura es el discurso teórico de los procesos históricos. [...] es necesario reconocerla como análoga a lo que las matemáticas, por largo tiempo, han sido para las ciencias exactas: un discurso «lógico» de la historia, la «ficción» que la vuelve posible” (De Certeau, 1995: 98).

De Certeau se refiere así de la “novela psicoanalítica”, a la que concibe como la ficción que vuelve posible pensar una particular experiencia, en la medida en que introduce una dimensión temporal, histórica, en el “cuadro” psiquiátrico del que se desprende, esto es, en la descripción sintomática propia de los tratados clásicos de la época, donde cabrían también las famosas presentaciones de Charcot. La novela psicoanalítica cuenta una historia allí donde la psiquiatría describe un cuadro. Pero la novela, que incluye al cuadro, al “cuadro clínico” (*Krankheitsbildung*), a la descripción de los síntomas de la enfermedad, también incluye la “historia del padecimiento” (*Krankengeschichte*), que atraviesa el cuadro. De tal modo que se produce una tensión: la novela no queda subsumida en el cuadro. “En la obra de Freud la estructura patológica se vuelve el marco donde se producen los acontecimientos que esa estructura no integra” (1995:

101). El cuadro psicopatológico, el marco teórico, la trama científica y racional a la que Freud intenta someter el material clínico, se ve desbordada en el relato mismo. El relato no cabe en la trama.

Entonces para dar cuenta del psicoanálisis no vale la narración, a menos que se trate de una que deje lugar a las inconsistencias, a lo no integrable en una trama. Así, la producción en psicoanálisis es siempre parcial, siempre fragmentaria, siempre volviendo una y otra vez a la génesis de los conceptos. El psicoanálisis no termina nunca de hacer sistema (por eso no se confunde con un sistema filosófico, y menos aún religioso).

#### *d. Argumentación*

Pero no basta pensar que analista, investigando, narra. También argumenta. La argumentación, procedimiento retórico revalorizado en la segunda mitad del siglo XX, parece resultar una herramienta adecuada para el problema que nos ocupa. Chaïm Perelman la caracteriza como un procedimiento que supone un grado de incerteza, de indeterminación acerca de aquello que se argumenta. Lo evidente no es objeto de argumentación, dice, siguiendo a Aristóteles (Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1994: 30): solo hay argumentación cuando no hay claridad, cuando se trata de perseguir una verdad que se escapa, y que no es posible alcanzar de modo certero. Argumentar a partir de un caso: eso es lo que Freud hace. Puede decirse entonces que los analistas argumentamos alrededor de algo incierto. Merodeamos con conceptos aquello de lo que intentamos dar cuenta. Pero la dificultad de esta argumentación no es solo “la extrema complejidad de la conducta humana”, como opinaba Sherwood, sino una característica propia de la materia que se trata.

Ejemplo de una argumentación psicoanalítica son las formas polémicas en que se desarrollan las discusiones teóricas (cf. Kuri, 1997a) (en aquellas ocasiones en que es posible separarlas de peleas personales o de parroquias). O también esa necesidad, tan común en nuestros textos, de remontar una y otra vez la genealogía de los conceptos utilizados, de reconstruir una y otra vez su origen –piénsese por ejemplo, en textos como los de Paul Bercherie (1996) o Paul-Laurent Assoun (1981)–.

Los conceptos en psicoanálisis no terminan de atrapar lo que pretenden. Y sin embargo están ahí, construyen una teoría: se argumenta una metapsicología, una teoría del significante, una de los nudos. Los conceptos sistematizan, arman teoría. No es ocioso evocar aquí la fructífera analogía que puede establecerse entre lo que planteamos aquí y el “paradigma indiciario”, que el italiano Carlo Ginzburg introdujo en el terreno de la investigación histórica.<sup>3</sup>

Ahora bien, las construcciones conceptuales generan en verdad una “ficción de sistema”, el espectro de un sistema que nunca termina de consistir (Kuri, 1997: 235), que siempre es incompleto, con puntos oscuros, amenazando derrumbarse. Como se queja Freud después de una agotadora discusión: *Non liquet* (Freud, 19176-79: 57).

### *e Lo singular y lo particular*

En definitiva, podemos reconducir las extrañas torsiones de estas formas a la necesidad de dar cuenta de lo singular de una experiencia resistente a la generalización, a la aplicación de un procedimiento inductivo que permita fácilmente hacer generalizaciones, categorías, conceptos. Lacan, a partir de un trabajo del lógico Jacques Brunschwig sobre la proposición particular en Aristóteles (Brunschwig, 1969) intentó sostener una diferencia entre “lo particular”, que siempre es particular de un universal, y “lo singular”, lo único, irrepetible del acontecimiento, el destino (en el sentido de la *tuché* que Lacan también toma, a su manera, de Aristóteles [cf. Lacan, 1973: 63 y sigs.]). Es decir, un punto de la experiencia irreductible al concepto, a lo general, y en ese sentido radicalmente diferente a lo particular (cf. Lacan, 2011: 105, y también Lacan, 1977). Así, no hay

---

<sup>3</sup> Véase el texto canónico de Ginzburg (1994), quien se inspira en parte en el procedimiento freudiano –y hace referencia al crítico de arte Morelli– para proponer su paradigma de la valoración de los detalles. Y también los desarrollos que rescatan algunos conceptos de Charles S. Peirce, como el de abducción (cf. Bonfantini y Proni, 1989) para complementarlo. Asimismo, no pocos textos extraen de allí alguna fuente para dar cuenta de procedimientos teóricos y clínicos del psicoanálisis (cf. Pulice et al 2000, y Escars, 2011a). Queda por articular este paradigma con la lógica de la sorpresa esbozada más arriba en este trabajo.

manera de conducir lo singular a lo general, salvo transformándolo en particular, es decir, conceptualizándolo –aquí es donde quizá pueda tener un lugar la noción peirceana de abducción (cf. Escars, 2011a)–. Pero esa transformación no es sin pérdida.

En esa tensión entre la apuesta a lo singular, la apuesta por no obturar el agujero en lo simbólico que encubre el síntoma (Pulice y otros, 2000: 142) que implica la aparición de lo inconsciente, y la necesidad de formular proposiciones comunicables, de producir conceptos, de ordenar y particularizar la experiencia; en esa tensión, decimos, se juega la posibilidad de pensar e investigar en psicoanálisis. La praxis como resistencia a la teoría, como lo que se rebela contra ella, y la teoría como un intento de captar esa experiencia para hacerla comunicable.

## **Informe final y ensayo**

Los textos psicoanalíticos, entonces, las producciones narrativas, argumentativas, no admiten la forma de una comunicación científica de una investigación clásica. Tampoco la forma de una novela. Aunque tienen algo de ambas. No son siempre historiales clínicos, pero no pueden dejar de incluir la referencia al caso.

No es sencillo pensar un formato de informe que acoja estas características y que exprese los resultados de investigaciones en psicoanálisis. Hay, sin embargo, un formato de escrito, un género literario que brinda cierta homología con el formato que el psicoanálisis ha inventado para transmitir el psicoanálisis: el ensayo.

El ensayo, como género, es un tipo de texto con un planteo polémico, que no se subordina a un saber constituido, que reivindica lo fragmentario, lo que no es cerrado, y que tiene una argumentación rigurosa pero parcial, de detalle, que no elude la posición subjetiva, ya que implica una suerte de intrusión aceptada de la enunciación en la argumentación (cf. Giordano, 1991, y Escars, 2003a). Todas estas características rozan cuestiones que resultan pertinentes al psicoanálisis.

Esto no quiere decir que el informe final de una investigación tenga necesariamente forma de ensayo. Pero de alguna manera sus

características, presentes en las producciones psicoanalíticas, marcan la manera peculiar de investigar en psicoanálisis. Características que no son de ninguna manera incompatibles con la rigurosidad esperable en cualquier otro tipo de proyecto. No se trata de déficits, ni de desventajas. Sino de rasgos necesarios que impiden que una investigación traicione, en su enunciación, los enunciados que sostiene.

### **Validez de la investigación en Psicoanálisis: criterios de verdad**

Finalmente, ¿qué validez puede pretender la investigación en psicoanálisis?, ¿a quiénes alcanza la “verdad” de sus conclusiones? Además del problema de la generalización, sin duda nos encontramos con el espinoso problema de los criterios de Verdad.

Más allá de la concepción aristotélica –que pervive en el sentido común– según la cual la verdad es la correspondencia o la adecuación de una proposición con la cosa, la ciencia formal emplea otro criterio: el de coherencia entre proposiciones. Apoyada en la lógica proposicional, este criterio se basa en que un enunciado es verdadero siempre que no se contradiga con otra serie de enunciados que forman un sistema. Pero esa no es la única acepción de verdad utilizada en la actualidad. También podemos encontrar el criterio de verdad surgido del consenso social, como acuerdo en una comunidad dada, más o menos universal, criterio que resulta una herramienta útil para las ciencias sociales. O podemos considerar su acepción pragmática: si algo tiene consecuencias, funciona, produce efectos, entonces es verdadero. Esta última acepción quizá no esté tan alejada de la psicoanalítica. Cuando Freud se pregunta por los criterios de validez para una construcción en un análisis, descarta de plano la aquiescencia o rechazo del analizante como criterio, y se apoya en la “confirmación indirecta mediante asociaciones adecuadas al contenido de la construcción” (Freud, 1937: 265). Es decir, si tiene efectos, si relanza el trabajo asociativo, entonces es verdadera.

Pero quizás la concepción de verdad que más se emparenta con la psicoanalítica sea la heideggeriana. Heidegger rescata el término

griego para verdad: *aletheia* (desocultamiento). Los entes se desocultan, se muestran pero solo en la medida en que pueden ocultarse. Efectivamente, el psicoanálisis constata que el sujeto humano solo puede encontrar cierta verdad en la medida en que puede engañarse. “La verdad surge de la equivocación”, es el título de una de las clases del Seminario I de Lacan. «Usted pregunta quién puede ser la persona del sueño. Mi madre no es», le relata un sujeto a Freud (1925: 253). En ‘mi madre no es’ hay un desocultamiento que se revela en el ocultamiento.<sup>4</sup>

La verdad, para el psicoanálisis, no es ajena al hecho de decirla, no surge por fuera del discurso, del habla. Es “para alguien”, siempre parcial, fragmentaria, y no sin un ocultamiento. Y su relación con el saber es sin duda problemática (la verdad surge en verdad como la falla de un saber).

El saber que produce una investigación psicoanalítica, ¿es entonces verdadero?, ¿para quién? No podemos pretender que solo sea verdadero, como un chiste, en la medida en que desaparece. Pero tampoco podemos exigirle la perennidad e incuestionabilidad que pretenden los edificios psicopatológicos, por ejemplo (tan poco psicoanalíticos, a veces). La producción de una verdad en investigación no puede estar desconectada del modo de validación en un análisis. Quizás se trate solo, humildemente, de que en ese contornear provisoriamente algo que por definición no puede sino ser dicho a medias, en esas vueltas, en esos intentos de anudar, asintóticamente, lo imposible, se produzcan efectos de verdad que cristalicen en provisorios conceptos, que permitan súbitamente comprender de otro modo esa clínica, único lugar donde pueden ser testeados. Clínica que, a su vez, inevitablemente, terminará evidenciando lo inadecuado de esos mismos conceptos. Mientras tanto, como dice

---

<sup>4</sup> Otro ejemplo: “En una estación ferroviaria de Galitzia, dos judíos se encuentran en el vagón. ‘¿Adónde viajas?’, pregunta uno. ‘A Cracovia’, es la respuesta. ‘¡Pero mira qué mentiroso eres! –se encoleriza el otro–. Cuando dices que viajas a Cracovia me quieres hacer creer que viajas a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?’” (Freud, 1905: 108). El sujeto dice la verdad: va a Cracovia, y sin embargo el otro le recrimina que estaba mintiendo, mintiendo en el punto en que estaba diciendo la verdad. Allí aparece este doble juego entre lo que se oculta y se devela.

Freud, nos manejaremos como aquel mucamo de una comedia de Nestroy que, “para cualquier pregunta u objeción, tiene pronta esta única respuesta: «En el curso de los acontecimientos todo habrá de aclararse»” (Freud, 1937: 266-7).

## Conclusiones

Hemos intentado delimitar la especificidad de la investigación en psicoanálisis desde la doble perspectiva de cotejarla con los procedimientos y métodos de producción de conocimientos en disciplinas cercanas, y de referirla al campo específico de su incumbencia. Sin duda que no hemos abordado en profundidad algunos tópicos importantes del tema. Por ejemplo, la discusión acerca de la relación y diferencia entre el lugar del investigador y del analista en las producciones psicoanalíticas, cuestión clave ya que involucra una de las coordenadas teórica y clínica más decisivas: la transferencia.

Tampoco pudimos discutir otra respuesta al problema de cómo abordar la producción teórica en psicoanálisis. Nos referimos a la apelación de no pocos analistas lacanianos a la “matematización” o a la “topologización” de la teoría, al uso de matemáticas, fórmulas, o de figuras topológicas, herramientas utilizadas asiduamente por Lacan en la última parte de su enseñanza. Es abundante la cantidad de autores actuales que sitúan allí la posibilidad de producción que el psicoanálisis debe seguir, incluso como alternativa absoluta a la argumentación propuesta por nosotros.

No hemos hecho más que rozar, que rodear, algunos de los problemas metodológicos con que se enfrenta el psicoanálisis. Y no lo hemos hecho –adrede– bajo un modo dogmático, sino por sucesivos rodeos, intentando darle alguna sistematicidad a lo que aparece necesariamente como fragmentario. Es decir, no hemos hecho más que responder a lo que planteamos son las características de la investigación en psicoanálisis.



## Referencias bibliográficas

- Assoun, P. L. (1998). *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo XXI.
- Bercherie, P. (1996). *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Paidós.
- Bontantini, M. y Proni, M. (1989). "To guess or not to guess" (pp. 164-84). En ECO, U. y Sebeok, A. (comp.) *El signo de los tres*. Barcelona: Lumen.
- Brooks, P. (1992). *Reading for the Plot: design and intention in Narrative*. Cambridge: Harvard University Press.
- Brunschwig, J. (1969). "La proposition particulière et les preuves de non-concluance chez Aristote" (pp. 3-26). En *Cahiers pour l'analyse*, 10, Hiver.
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.
- Carbajal, E. (1989). "La experiencia analítica" (pp. 103-119). En *Conjetural*, 18, abril.
- De Certeau, M. (1995). "La 'novela' psicoanalítica. Historia y literatura" (pp. 97-120). En *Historia y psicoanálisis*. México: Universidad Iberoamericana. [traducción de Alfonso Mendiola]
- Escars, C. (2002). *Los nombres de los lobos*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2003). "Ensayismo y psicoanálisis" (pp. 33-46). En *Clínica de la transmisión. Escrituras y lecturas en psicoanálisis*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2003a). "El historial clínico y la insuficiencia de la trama" (pp. 11-21). En *Clínica de la transmisión. Escrituras y lecturas en psicoanálisis*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2011). "Si ustedes lo prefieren..." (pp. 107-13). En *La trama de la interpretación*. Buenos Aires: Letra Viva.
- (2011a). "Investigación y psicoanálisis" (pp. 153-159). En *La trama de la interpretación*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1976-79). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores. [Traducción de José L. Etcheverry].

- Freud, S. (1976-79). (1905). “El chiste y su relación con lo inconsciente”, VIII. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1912). “Consejos al médico sobre el tratamiento analítico” (pp. 111-19). En *Obras Completas*, XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1914-18). “De la historia de una neurosis infantil” (pp. 9-111). En *Obras Completas*, XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915-17). “Conferencias de introducción al psicoanálisis: 6ª: Premisas y técnica de la interpretación” (pp. 91-102). En *Obras Completas*, XV. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1925). “La negación” (pp. 253-257). En *Obras Completas*, XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1937). “Construcciones en el análisis” (pp. 259-270). En *Obras Completas*, XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ginzburg, C. (1994). “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” (pp. 138-175). En *Mitos, emblemas, indicios*. Barcelona: Gedisa. [Traducción de Carlos Catroppi]
- Giordano, A. (1991). *Modos del ensayo*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Hillman, J. (1975). “The fiction of case history: a round” (pp. 123-173). En Wiggins, J. (ed.) *Religion as story*. New York: Harper and Row.
- Kuri, C. (1997). “Tiempo y argumentación en la metapsicología” (pp. 225-242). En *Kuri y Ritvo: Ensayo de las razones*. Buenos Aires: Letra Viva.
- (1997a). “La conversación argentina del psicoanálisis (I)” (pp. 309-336). En *Kuri y Ritvo: Ensayo de las razones*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J. (1966). “Au-delà du ‘principe de réalité’” (pp. 73-92). En *Écrits*. París: Du Seuil.
- (1975). *Le Séminaire, Livre I: Les écrits techniques de Freud*. París: Du Seuil, Points Essais.
- (2004). *Le Séminaire, Livre X: L’angoisse*. París: Du Seuil.
- (1973). *Le Séminaire, livre XI: Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. París: Du Seuil.

- Lacan, J. (1966). (1965-66). *El Seminario, libro 13: El objeto del psicoanálisis*, inédito.
- (2011). *Le Séminaire, livre XIX: ...ou pire*. París: Du Seuil.
- (1977). “Intervention à la suite de l’exposé d’André Albert. Sur le plaisir et la règle fondamentale”. En *Lettres de l’École Freudienne*, 24.
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca, L. (1994). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos. [traducción de Julia Sevilla Muñoz]
- Pulice, G., Manson, F., y Zelis, O. (2000). *Investigación <> Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2003). *Metodología de la investigación cualitativa* (3ª edición). Bilbao: Universidad de Deusto.
- Sherwood, M. (1969). *The logic of explanation in psychoanalysis*. New York and London: Academic Press.
- Spence, D. (1982). *Narrative Truth and Historical Truth: Meaning and interpretation in Psychoanalysis*. New York: Norton & Company.
- Vezzetti, H. (2000). “Historia del psicoanálisis: complejidad y producción historiográfica” (pp. 63-82). En Ríos, J. C. y otros (comp.) *Psiquiatría, Psicología y Psicoanálisis. Historia y Memoria*. Buenos Aires: Polemos.